

La novedad pascual

*Homilía en el Santo Día de Pascua de Resurrección
Iglesia Catedral, 12 de abril de 2009.*

Desde Éfeso, en la primavera del año 57, poco después de Pascua, el apóstol Pablo escribió su primera Carta a los Corintios. Según algunos intérpretes, el pasaje que hoy hemos escuchado en la segunda lectura constituye el testimonio más antiguo de la celebración de la Pascua cristiana. La exhortación hace referencia a dos elementos de la pascua judía, en la que se recordaba el acontecimiento paradigmático de la liberación de Israel. En la tarde del 14 de Nisán se sacrificaba el cordero, cuya carne era consumida en una comida familiar y religiosa después de la puesta del sol. Esa misma tarde debía desaparecer de la casa el pan fermentado, y durante una semana sólo se comían tortas de pan delgadas y sin levadura; era la observancia de los ácidos. El Apóstol recuerda seguramente que Cristo murió por nosotros a la hora en que era inmolado en el templo el cordero que cada familia iba a consumir más tarde, y contempla en el Señor Jesús el verdadero Cordero; en esa novedad debe vivir, en la pureza y la verdad. El fermento que hace al pan leudo representa, en sentido figurado, la malicia, la corrupción que fue desechada al adherir a Cristo, y que no debe volver a contaminar la vida del cristiano. A quienes han celebrado la Pascua los exhorta San Pablo con estas palabras: *Despójense de la vieja levadura para ser una masa nueva, ya que ustedes mismos son ácidos* (1 Cor. 5, 7).

La novedad pascual aparece con frecuencia en la predicación del Apóstol. Cristo Resucitado es *el último Adán, un ser espiritual que da la Vida* (1 Cor. 15, 45); nosotros, que llevamos la imagen y la carga del viejo Adán, al entrar en comunión con Cristo iniciamos un proceso de identificación con él que nos va convirtiendo en hombres nuevos, hasta que quedemos definitivamente configurados a imagen suya, revestidos de la imagen del hombre celestial. La condición cristiana es ante todo un don, una gracia: la de vivir en Cristo, en una novedad tan absoluta y radical que se asemeja a la creación; es el paso –un tránsito pascual– de la nada del pecado a un nuevo ser que funda una nueva manera de vivir. Leemos, en efecto, en la segunda Carta a los Corintios: *el que vive en Cristo es una nueva criatura: lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente* (2 Cor. 5, 17). Esta nueva posición relativiza todo lo demás, tantas posiciones mundanas que enorgullecen al hombre; lo que importa es ser una nueva criatura, se dice en la Carta a los Gálatas (6, 15). Pero este don de la recreación pascual debe ser plenamente asimilado; se impone, por tanto, un aprendizaje, un ejercicio, una tarea. En el rito bautismal se despojaba el catecúmeno de sus vestiduras para sumergirse en el agua, y al surgir recibía la túnica blanca como símbolo de la inocencia recuperada. Aun hoy se ilustra el sentido del sacramento con este signo; se dice a los neófitos: *sois ya hombres nuevos y*

habéis sido revestidos de Cristo. Recibid esta vestidura blanca y presentadla sin mancha ante el tribunal de nuestro Señor Jesucristo, para que alcancéis la Vida eterna. Estas expresiones litúrgicas, muy antiguas, están inspiradas en la advertencia que transmitía San Pablo a los efesios: de Cristo aprendieron *que es preciso renunciar a la vida que llevaban, despojándose del hombre viejo, que se va corrompiendo por la seducción de la concupiscencia, para renovarse en lo más íntimo de su espíritu y revestirse del hombre nuevo, creado a imagen de Dios en la justicia y en la verdadera santidad* (Ef. 4, 24).

La gracia de la regeneración del cristiano, la novedad pascual, es ante todo una realidad interior, pero no puede quedar recluida en la intimidad de la conciencia, ni puede limitar su expansión al reducido espacio de la sacristía. Los cristianos son hombres y mujeres nuevos, destinados a una misión sagrada: renovar el mundo y consagrarlo a Dios. Han de vivir el Evangelio sirviendo a la sociedad, a través de la creación y la transmisión de la cultura, impregnando de sentido cristiano los criterios de juicio, los valores determinantes, los modelos de vida que cobran vigencia. Señalo dos áreas fundamentales: la educación de niños y jóvenes en la fe, principalmente en la familia; ¿cómo podemos permitir que a la esperanza de la Iglesia la sofoque y se la trague la corrupción del mundo? Y luego el amplísimo campo de la vida social y la gestión de la cosa pública; ¿por qué dejar la política en manos de los incapaces, de los arribistas, de los depredadores? La novedad pascual posee un dinamismo capaz de transformar desde las pequeñas realidades domésticas y cotidianas hasta las realizaciones superiores del espíritu. Cito con gusto, a este propósito, a Juan Pablo II: *la Iglesia pide que los fieles laicos estén presentes, con la insignia de la valentía y de la creatividad intelectual en los puestos privilegiados de la cultura como son el mundo de la escuela y de la universidad, los ambientes de investigación científica y técnica, los lugares de la creación artística y de la reflexión humanista. Tal presencia está destinada no sólo al reconocimiento y a la eventual purificación de los elementos de la cultura existente críticamente ponderados, sino también a su elevación mediante las riquezas originales del Evangelio y de la fe cristiana* (Christifideles laici, 44).

No existe, después del cristianismo, una realidad ulterior que pueda ofrecer al hombre una nueva plenitud. No hay nada más nuevo que el Señor Resucitado y que el hombre nuevo, creado a imagen de Dios en la justicia y en la verdadera santidad. Esta afirmación, a la cual no podemos renunciar, ilumina la realidad dramática de los últimos siglos. La ideología moderna se ha presentado con la pretensión de cancelar la novedad cristiana, considerándola una antigualla que habría que archivar en el desván de la historia. El movimiento filosófico, cultural, social y político que ha usurpado el nombre de *Ilustración*, se ha propuesto forjar un hombre nuevo, que ocupara el centro del universo desplazando a Dios y construyendo su propio reino. La inversión de la novedad cristiana se ha manifestado luego en la utopía marxista y en sus crueles realizaciones inspiradas por Lenín y Mao. Lo que suele llamarse posmodernidad, fenómeno signado por la fragmentación, propone una concepción unidimensional del hombre, liberado de su vinculación esencial con la trascendencia; la psicología y la sociología

materialistas lo achatan vientre a tierra, lo postulan vocacionalmente exiliado del cielo. Son éstas las ideas, los sentimientos, las actitudes que circulan llevadas por el viento de la propaganda global y que van configurando la mentalidad de nuestros contemporáneos, especialmente de las jóvenes generaciones. Es esto lo que se promueve más o menos oficialmente en la Argentina desde hace veinticinco años, en nombre de una tramposa democracia, minando las instituciones de la república, consumiendo poco a poco los valores que las inspiraban y apuntando cada vez con menos disimulo contra nuestra nativa tradición católica. Este daño profundo, este mal metafísico, tendría que preocuparnos más que la proliferación del delito, que nos hace sentir insólitamente inseguros y en peligro inminente, y más que la proliferación del mosquito, que en estos días nos amenaza con la peste que transporta en su mísera anatomía.

Nosotros, pobres pecadores, cristianos del montón, somos los portadores de la novedad cristiana. Somos los testigos de la Pascua, y estamos llamados a ejercer ese testimonio, a contagiar la novedad pascual. Esta celebración anual de la Resurrección del Señor nos pone en contacto con esa novedad absoluta, germen de los nuevos cielos y la nueva tierra.

Es posible que nos encontremos en una situación análoga a la de aquellos dos discípulos que iban a Emaús. Seguramente, muchas veces nos hallamos en esa situación. Caminamos con Jesús, pero algo impide que nuestros ojos lo reconozcan. Como a ellos nos asalta la desilusión, el desencanto; la fatiga, la sensación de fracaso y de impotencia nos acercan a la tentación de renunciar: *nosotros esperábamos...* (Lc. 24, 21); ¡como si la esperanza cristiana pudiera declinarse en pretérito imperfecto! ¿No percibimos la queja, la increpación del Señor: *¡hombres duros de entendimiento, cómo les cuesta creer...!* (íb. 25)? Debemos agradecerle esta misericordiosa reprensión, pacientemente repetida. Sobre todo, debemos agradecerle que por la voz de su Iglesia y la unción de su Espíritu nos interprete en todas las Escrituras lo que se refiere a él. Su palabra nos hace arder el corazón, de amor, de gozo, y nos prepara a reconocerlo en la fracción del pan. Cuando el camino parece muy largo e incierto, nos animamos a rogarle: *Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día se acaba* (íb. 29). Se lo pedimos hoy, en esta tarde del Santo Día de Pascua; que se quede con nosotros y nos acompañe todo el año, toda la vida. Él nos aseguró que lo haría: *Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo* (Mt. 28, 20). Le pedimos, especialmente, que se nos grave en el alma el anuncio de la gran novedad que los caminantes de Emaús oyeron de los Once y de los demás discípulos y que hoy proclama la Iglesia con incontenible alegría: *¡Es verdad, el Señor ha resucitado y se apareció a Simón!* (Lc. 24, 34).